

## I

Roma es pequeña. El nombre parece inabarcable, se pronuncia en París o en cualquier otro lugar del mundo y llena con dos sílabas la Historia entera, no cabe en la imaginación. Pero luego venimos aquí y hay que rendirse a esta evidencia sorprendente. Roma es muy pequeña. Su magnitud agigantada está en el recuerdo de lo que hemos oído contar, en la fantasía de lo que creíamos saber sin haber visto, en lecturas, fábulas y resonancias; pero era forzoso que decepcionase cuando midiéramos su gloria no por nuestros sueños, sino por la realidad misma de lo que teníamos al fin ante los ojos. ¿Roma sólo es eso?

Se abraza con la mirada desde cualquier altura, los ojos tropiezan en seguida con el cinturón de sus muros, que incluyen tanto verdor y despoblado que casi media ciudad parece campiña. Desde este observatorio lo que veo ahí abajo es un campesino que conduce una carreta de bueyes; huele a tierra mojada, alargó la mano y estrujo un helecho de hojas ásperas, y a mi espalda siento la presencia de un bosque, el rumor del viento en las ramas, crujidos vegetales y chapoteos en el fango. La vieja ciudad está llena de colores terrosos y verdes, del eterno campo que la reconquista.

Dentro del recinto de las murallas busco inútilmente lo que me era familiar en París, visto desde el cerro de Montmartre; y la mirada se pierde en lo desconocido, en lo que asusta porque parece no tener forma ni significado. No se ven campanarios, ¿dónde están los campanarios? Porque campanas sí se oyen a todas horas –hace muy poco sonó el

toque de avemaría—, marcando el compás del tiempo, pero no se ven campanarios. Sólo cúpulas flotan en la luz del atardecer, que ahora es azulada, con un desgarrón amarillo hacia poniente. El aire es frío y húmedo, se ensombrecen las cúpulas, va a caer la noche.

Abajo, entre las calles, surcos oscuros, manchas verdosas, paredes rojizas, la curva del río, huecos incógnitos que no se sabe a qué atribuir. Lo que se ve es una aldea desproporcionada que ha crecido demasiado en el orgullo y en la incuria. No debe de ser fácil llevar sobre los hombros el peso de esa herencia del pasado, seguir siendo Roma con dignidad después de tantos siglos. Son las mismas colinas, la misma tierra que pisaron ellos, muchas de aquellas piedras todavía podrán verse y acariciarse, respiramos el mismo aire, pero el nombre, idéntico, suena a burla.

Yo llevaba en la mente una ciudad radiante y luminosa, con mármoles blanquísimos, poblada por nobles figuras que parecían estatuas vivas; una ciudad bella y serena hecha para la inmortalidad por los dioses y por un puñado de hombres que amaba la armonía, el poder. Esperaba encontrar lo que no existe, lo imposible, y lo que veo es sucio y negruzco, presuntuosos edificios que insultan el marco ruín de lo que los rodea; paredes con lepra, arroyos fétidos, tapias desconchadas, inmundicia, cancelas que dejan entrever huertos, descuido de jardines, tierras baldías. Unos pies miserables que sostienen la pompa levantada hacia las nubes. En Francia muchos rincones de provincias tienen más equilibrio, más decoro urbano que esta ciudad.

Una mente que razona tiene que rebelarse ante tantas incongruencias como se albergan aquí. ¿Qué han hecho del pasado, de qué les sirve, no han aprendido de él ninguna lección? ¿Roma es sólo ese amasijo de palacios y columnas rotas, de casas desastradas? Desde donde yo estaba parecía

un París pequeño y destartalado, inhóspito, rural y malo-  
liente. Yo ya sabía que Roma no era como la imaginaba, pero  
comprobarlo me dejó inconsolable. Las cosas hubieran te-  
nido que ser como yo sabía que era imposible que fueran,  
nunca había necesitado tanto que la realidad se transforma-  
se, no según mi antojo, sino conforme a un deseo al que no  
podía renunciar, porque era lo único que me sostenía.

¿Por qué Roma? ¿Por qué no estaba en Madrid o en Mi-  
lán, donde tía Stéphanie tenía también parientes y amigos  
que hubieran podido acogermé? Aquella decisión mía de  
irme tan lejos sí había sido el capricho de quien confunde  
una situación apurada con el pretexto de hacer un viaje de  
recreo con el que siempre había soñado. Cuando era niña  
mi padre me hablaba de Roma, abría un cartapacio con es-  
tampas de antigüedades de Roma, recitaba una letanía de  
nombres de lugar que sonaban a música y evocaba la leyen-  
da y la historia con latines, un poco de Virgilio; decía que  
Roma había sido *caput mundi*, que a Roma había que ir tarde  
o temprano para poder luego recordarla.

Mi padre había muerto, quedé sola en la vida, luego me  
casé, enviudé a los pocos meses, Francia se había convertido  
en un infierno del que era necesario huir, dejando atrás todo  
lo nuestro, que ya no era de nadie, del primero que quisiera  
adelantar la mano. Crucé el Rin con mi tía, llevando conmi-  
go unas joyas y varios baúles de ropa, y al ver que aquello  
iba a prolongarse y que Alemania era fría e incómoda, y esta-  
ba llena de refugiados franceses, dije que tenía decidido ir a  
Roma; para hacer frente a lo que recordaba de mi niñez, las  
estampas, mi padre, recuperar no lo que acababa de perder  
en Francia, sino lo que llevaba en la memoria, medio borroso,  
extraviado entre recuerdos que ahora eran mi único tesoro.

Aquella noche mi desilusión de que Roma fuese como yo  
la veía y no de otro modo, redobló mi soledad. Estaba com-

pletamente sola, en un país extraño, sin marido, sin familia, sin patria ya también, y me volví un momento para coger la mano de Pepita, que estaba de pie a mi lado, refunfuñando en voz baja, para buscar consuelo en otra soledad. Tía Stéphanie había puesto como condición que me acompañase Pepita, la doncella que estaba a su servicio, una española malcasada con un francés voluble. Calló al verme tan entristecida, y permanecimos quietas en aquel atardecer oscuro, frente a una ciudad que sólo podía imaginarse desde lejos, que no debía venir a verse. Roma se había ido tornando de color pardusco, barroso, sombra de viejo.

Recuerdo muy bien que éstas fueron las reflexiones, prematuras, de mi segundo día de estancia en Roma. Había llegado un jueves y me había hecho conducir a la hostería de la Scalinata, en la plaza de España, que me habían recomendado como la mejor de la ciudad. El dueño, Pietro Mora, me recibió muy bien, nos dio habitaciones limpias y espaciosas, y me estuvo ponderando las bellezas del barrio, el más nuevo y el más elegante, dijo, donde solían vivir los extranjeros de calidad. Yo estaba tan cansada del viaje que sólo pedí poder dormir, ni cenar quise, y me conformé con un caldo que me sirvió la hostelera.

Dormí muchísimas horas y me levanté con hambre y con ganas de ver todos aquellos prodigios de los que tanto había oído hablar; pero como estaba lloviendo y hacía frío tuve que quedarme en la Scalinata, contemplando el espectáculo que ofrecía la ciudad desde la ventana de mi cuarto. Aquella imagen invernal no se parecía en nada a la Roma que yo esperaba; estábamos en diciembre y hacía el tiempo propio de la estación, pero en el fondo había albergado la insensata esperanza de que Roma haría una excepción en favor mío, que se vestiría de primavera para recibirme, mostrándose soleada y risueña como la pintaban los viajeros.

Desde mi ventana veía una ciudad hosca y hostil; las calles enlodadas y envueltas en neblina, las paredes sucias, con el agua culebreando en ellas hasta saltar al arroyo, el cielo oscuro y en dos o tres puntos del espacio que abarcaba mi vista unas lucecitas temblonas dentro de las hornacinas con imágenes de la Virgen. En medio de la desierta plaza una estrambótica fuente parecía imitar las formas de una barquichuela, manando en la soledad, bajo la lluvia, un agua que rebosaba del pilón y contribuía a encharcar el suelo desigual, formando fangosos ríos que se perdían en las calles vecinas. Frente a la extraña fuente, una escalinata extraña que sin duda daba nombre a la hostería.

Todo era irregular y caprichoso en aquella tierra, y la escalinata era como un sueño extravagante cuajado en piedras rugosas; quien la concibió había querido imitar una especie de cascada, y ésta era la impresión que producía; escalones dispuestos de tal modo que fingían la caída del agua por la pendiente, salvando el desnivel que había entre la plaza inferior y la terraza de arriba, donde se levantaba una iglesia con un obelisco delante. La escalera era como un caudal de agua derramada desde la altura que rodeaba un rellano con balaustrada, convirtiéndolo en isla, para volver a juntar sus imaginarias aguas de piedra en la parte de abajo, ensanchándose para desembocar en los peldaños que daban a la plaza.

Era una idea extravagante que debía de haber visto reproducida en alguna estampa, pero que no me había llamado la atención hasta verla al natural. Y ahora aquella fantasía de imitación del agua se veía superpuesta por el agua real; la lluvia bajaba como un torrente por la escalinata, ciñéndose a las formas con las que el artista había imitado el agua en piedra, el *trompe l'oeil* se hacía verdad sin anular el engaño, sin prescindir de la falsa apariencia; al contrario, yuxtapo-

niéndose a ella, corroborándola y encajando milagrosamente en aquel molde que parecía haber estado esperándome a mí para desplegar sus encantos vertiginosos.

La razón y el buen juicio se tambaleaban ante aquel espectáculo que tenía mucho de juego turbador entre la naturaleza y el arte. Lo que alguien había hecho allí en aquel talud era un artificioso engaño muy hábil, pero ahora el agua del cielo estaba imitando a su vez lo fingido, y tanto el artificio como la realidad colaboraban a la fantasmagoría de aquella confusión de piedra y agua que eran una sola y escalonada caída. Y el triunfo duradero iba a ser del arte, cesaría al fin la lluvia, dejaría de precipitarse el agua, pero ante los ojos complacidos y acostumbrados a la ilusión, la cascada seguiría allí, con el simulacro de las aguas perennes, que nunca dejan de correr escalinata abajo.

Aquella noche dormí mal, me desperté sobresaltada varias veces y me asomé a la ventana de la alcoba para comprobar si seguía lloviendo. La escalinata, la plaza y la fuente eran un mar de oscuridad azotado por ráfagas de lluvia. Lamenté haber venido a Roma, pensé con añoranza en la casa de mi tía en el Marais, pero en seguida me recordé a mí misma que aquélla tampoco era mi casa, ni podía además volverlo a ser; había sido solamente un refugio provisional, como la Scalinata; no podía echar de menos París, los míos, mi casa, mi tierra, porque todo eso había dejado de existir. Detrás de mí sólo había el vacío, mi casa era donde yo me encontrase.

El sábado había dejado de llover, pero se levantó un viento helado y no me apeteció salir. Hice los honores a la cocina de la mujer de Pietro, muy sazónada para mi paladar, y estuve charlando con una criada, una tal Enrichetta que debía de ser la mujer más fea del mundo; nunca había visto protuberancias carnosas peor distribuidas, ni ojos más alucina-

dos, con chisporroteos de locura; era incansable hablando de sus *innamorati* con detalles de una procacidad atormentada, ansiosa de comunicación, que me abochornaba, más que por deshonesto por incongruente; le tiré de la lengua para tantear mi inseguro italiano y vi que me enteraba de casi todo, hasta de lo que por decencia no hubiera tenido que enterarme, y que podía hacerme entender. Pepita, que hablaba una extraña mezcla de francés y de español, no perdió ripio, y desde entonces empezó a intercalar italianismos en sus frases.

A media tarde estaba casi anocheciendo, caí en la cuenta de que llevaba dos días completos en Roma y de que aún no había salido a la calle, y decidí que no iba a esperar al día siguiente. A pesar de los aspavientos de todos, me puse la capa y me informé acerca de algún lugar cercano desde donde se divisara una vista general de la ciudad. Querían llamar a un coche, preferí ir a pie y volvieron a escandalizarse, porque según decían las señoras de Roma no iban andando a ningún sitio. Pepita intervino enérgicamente y todos callaron, tal vez por su jerga incomprensible, que sonaba como una sarta de conjuros.

Me eché a la calle en su compañía, pero no consintieron que saliese sin llevar como guía y protección a un mozo de la Scalinata, un tal Domenico, desgredado y sonriente, insensible al frío, charlatán.

Pepita no perdía ocasión de amonestarle por lo que ella juzgaba descaro y malos modales. A la Señorita no le gustaba..., empezaba diciendo, y me atribuía exigencias que yo no recordaba haber manifestado jamás. Daba igual, la Señorita (nunca me llamaba Madame, decía que esto me avejentaba, y que había que dar facilidades para encontrar nuevo marido) tenía siempre que reprender, era su concepto del señorío y de la autoridad.

Subimos por la escalinata, desde la terraza superior pude abarcar toda la vista de la plaza, y cuando ya estaba oscureciendo y Pepita insistía en que no íbamos a ver nada, que sólo nos íbamos a acatarrar, continuamos por un camino a la derecha hacia una especie de atalaya que domina la piazza del Popolo. Reconocí el obelisco de granito rojo con la fuente y los guardacantones en medio de la plaza, y las dos iglesias gemelas custodiando la entrada del Corso. Por allí había entrado en Roma dos días antes. Domenico me fue señalando a la luz del crepúsculo los lugares más notables que se distinguían desde aquella altura, pronunciando lentamente para que le entendiéramos, y con un derroche de mímica que hubiera bastado para comprenderle aunque hablara en chino.

Señalaba la vastedad de la plaza, desierta a aquella hora –sólo un hombre embozado quieto en un portalón–, y adónde conducían las calles que salían de ella. A la derecha, se va al puerto, a la Ripetta; la calle del centro, la más ancha, la más bonita de Roma –y hacía un amplio gesto con las manos e hinchaba los carrillos para sugerir opulencia–, entre las dos iglesias iguales, es el Corso, y al fondo está piazza Venezia; la de la izquierda es la strada del Babuino, que conduce a la plaza de España, de donde venimos. Enfrente, aquella cúpula tan grande que se ve en el horizonte es San Pedro.

Domenico iba nombrando iglesias y palacios, pero tengo la impresión de que la mitad de los que nombraba eran fruto de su fantasía; no podía quedar mal ante una señora extranjera, no iba a reconocer que tenía una idea más bien vaga del lugar exacto que correspondía a cada uno de aquellos nombres sonoros y prestigiosos que iba desgranando en un italiano enfático y cantarín. Daba lo mismo, lo que contaba era la música de sus palabras, la melodía de los nombres, la gesticulación teatral del muchacho, la hora incierta que



añadía tristeza y misterio al espectáculo que se nos ofrecía desde la miranda.

Entonces se me ocurrió lo de la pequeñez de Roma, la decepción que me producía ver ahora lo que había soñado y leído como mucho más grandioso. Se me vino el mundo encima y el frío me pareció soledad. ¿Cómo se me había ocurrido querer ir a Roma, elegir Roma? ¿Por qué había tenido que acordarme de aquella colección de láminas de la ciudad, sus monumentos y sus antigüedades, que tanto gustaban a mi padre? Hubiera podido recordar cualquier otro episodio de mi niñez, pero tuvieron que ser las estampas grabadas de Roma, que me empujaron a venir aquí, guiándome con su secreta influencia, que es irresistible, pero que nos negamos a aceptar, achacando nuestros actos a un antojo cualquiera.

En la oscuridad brillaba la blanquísima dentadura de Domenico, que por fin había agotado su repertorio de informaciones verdaderas o falsas, y nos miraba en silencio, sonriendo, esperando órdenes. Había oscurecido del todo, lloviznaba y por un momento creí que iba a echarme a llorar, tuve que apoyarme en Pepita. Hasta que enderecé el cuerpo, me tragué las lágrimas y decidí que no iba a dejarme vencer tan fácilmente por mis propios miedos y mis sensaciones. Estaba retrocediendo no ante una ciudad desconocida que me decepcionaba, sino ante mí misma, y si me daba por vencida la primera vez tendría que seguir retrocediendo hasta que ya no tuviese otro lugar adonde poder huir. Me propuse conquistar Roma, dominarla, que quería decir conquistarme y dominarme a mí misma. La batalla acababa de empezar.

El domingo amaneció frío y soleado, con un cielo sin nubes, lo cual atribuí a la ventolera de la noche pasada, que no me había dejado pegar ojo. Creí entender que la ciudad también se disponía ruidosamente al combate. El domingo no era un día oportuno para hacer visitas y presentar mis

cartas de recomendación, era preferible pasear un poco por Roma. Pregunté en la hostería donde me aconsejaban que oyese misa, pero las explicaciones fueron tan embarulladas que comprendí que había hecho una pregunta imposible; había demasiadas iglesias ilustres, no era fácil elegir una entre cientos de ellas, y finalmente dejé la elección al azar. Pasearía con Pepita y entraría en cualquier iglesia que encontrase en mi camino.

Para no extraviarme me hice acompañar también por Domenico, y nos adentramos por alguna de las calles que van a salir al Corso. Domenico no paraba de hablar, Pepita le reprendía en su jerga diciéndole que no hablase tanto, pero el rapaz o no la entendía o no quería entenderla, porque seguía con su verborrea gesticulante, señalando todas y cada una de las casas ante las que pasábamos; y a veces incluso señalando con el dedo a viandantes o a gentes que iban en carroza, explicándonos quiénes eran o quiénes se imaginaba que eran. Eso de señalar con el dedo a personas en plena calle sacaba de quicio a Pepita, que lo consideraba una muestra de la peor crianza, pero Domenico no se dejaba intimidar por sus regaños.

Yo les oía vagamente a los dos, como desde lejos, pendiente de las sensaciones nuevas que me asaltaban por todas partes; olores agrios, vaharadas de fritura y de vino, sobresaltos continuos por el grito breve y agudo de los vendedores ambulantes de aguardiente, cantilenas de pregones que me sonaban a exóticos. Algunos edificios eran nobles y hermosos, pero al menos por fuera todos parecían descuidados, sucios, con piedras renegridas llenas de desconchones y regueros cobrizos. Tuvimos que arrimarnos a un montón de basura y hojas secas para que pasara una carroza con lacayos y pajes que estuvo a punto de arrollarme. El cochero nos dirigió una mirada insolente, de absoluto desdén.

Teníamos que avanzar enfangándonos en los charcos, haciéndonos desgarrones en la ropa con la maleza que crecía en mitad de las calles, vigilando las ventanas desde donde vertían aguas malolientes; la barahúnda era ensordecedora, todos hablaban como si gritasen, como si necesitaran hacer mucho ruido para proclamar su existencia, que de otro modo hubiese pasado inadvertida. Comprendí por qué las damas de Roma iban en coche a todas partes. Nos cruzábamos con frailes, muchos frailes, con extranjeros, reconocibles por su indumentaria, y sobre todo con mendigos, una infinidad de mendigos.

Yo asociaba las calles de Roma con mendigos, no sabía por qué, pero al imaginarme las ruinas antiguas, los palacios o las grandes iglesias, siempre veía en mi imaginación una turba de pordioseros, barbudos, sucios, harapientos, lisiados con bastón o muletas, renqueando, con úlceras horribles en la cara, exhibiendo lastimeramente el muñón de un brazo, o costurones que les desfiguraban el rostro, tuerzos o ciegos, piojosos, con tiña, pedigüeños e importunos, gimiendo o amenazando, un ejército de mendigos vagando por entre aquellos restos venerables del pasado que proclamaban grandezas inextinguibles.

En realidad, antes de ver nada ya buscaba con los ojos a esos mendigos que traía en mi mente, y Roma en eso no me defraudó. Allí estaban asediando a los paseantes, tomando el sol de invierno, envueltos en sus astrosas capas llenas de remiendos y agujeros, tocándose con sombreros deformados, pringosos, que habían conocido mejores tiempos, y que algunos adornaban con plumas de colores. Colgados al hombro solían llevar bolsas y zurrones, y los pies eran un atadizo de trapos. Nos cerraban el paso reclamando nuestra atención con ruegos quejumbrosos que eran casi exigencias, mostraban sus llagas desnudas y hacían exageradas muecas de dolor.

Todos alardeaban de piedad; unos llevaban la concha de los peregrinos sobre el corazón, otros escapularios al cuello, o, cosidas encima del pecho, estampas de la Virgen o de algún santo. Se arremolinaban en torno a nosotros murmurando bendiciones, tendiendo la mano o la escudilla con miradas suplicantes, mientras invocaban a la Madonna, pedían todas las gracias del Cielo para la signorina bella y lloraban el desamparo de numerosos hijos hambrientos a quienes no podían dar ni un pedazo de pan. Un ciego nos acosaba a tientas, adelantando una hoja impresa con unos gozos en honor de santa Lucía, virgen y mártir de Siracusa, un niño lleno de mocos nos daba la espalda indiferente, y hundía el pie descalzo en un charco, ensimismado en la contemplación de las ondas concéntricas del agua.

Domenico se los sacudía a empujones y a puntapiés, disparándoles andanadas de insultos, al parecer brutales en el habla romanésca que yo empezaba a reconocer como muy diferente del italiano común. En un momento trocaban sus expresiones de mártires en el suplicio por muecas de odio, miradas torvas e injurias frenéticas dirigidas a nuestro guía, quien, seguro de nuestra protección y dándose importancia, galleaba escarneciéndoles; pero entre la lluvia de denuestos y de contorsiones, veía la risa bailándole en los ojos. Para unos y para otros aquello tenía mucho de pantomima.

En el intercambio de atrocidades que Pepita y yo apenas entendíamos, Domenico y los mendigos eran como actores que se divertían improvisando una animada representación callejera. Forzaban la voz hasta el grito y casi el canto, braceaban, hacían rápidos gestos, sin duda de carácter ofensivo, con las manos, sacaban la lengua, luciendo sus habilidades ante un público mudo y expectante que éramos nosotras. Tuve la sensación de estar presenciando una obrita de la *commedia dell'arte* como tantas había visto en París a los có-

micos italianos. En Roma la farsa parecía representarse en plena calle.

El bullicio del Corso me distrajo, nos metimos por una callejuela lateral, y cuando ya casi había olvidado que era domingo, las campanas de una iglesia próxima me lo recordaron. Era la señal del azar que esperaba, preguntamos por la iglesia y no tardé en verla frente a una plazoleta. Me pareció de aspecto rústico, ceñudo, muy severo, sin los adornos de la fachada que creía indispensables en las iglesias romanas, y junto a ella se alzaba lo que había echado de menos en Roma, un campanario en vez de cúpula. Domenico me dijo que se llamaba San Lorenzo in Lucina, y que dentro se conservaban las parrillas en las que el santo titular había sido asado vivo.

Seguí la misa distraídamente, como solía hacerlo, ésta es la verdad. A veces me asaltaban arrebatos de devoción, la misa me arrancaba lágrimas y me conmovía hasta lo más hondo, ideaba rebuscadas penitencias para purgar mis pecados, fatigaba al confesor con escrúpulos de monja, persuadida de que tenía que alcanzar la perfección, y además lo antes posible. En París había topado con clérigos jansenistas que me aterraron con sus exigencias, recomendándome que sobre todo no comulgase, porque todavía no era digna de este sacramento. Caí en una confusión espiritual tan grande, en un azoramiento tan penoso, que mis accesos de piedad se resolvían en una especie de estupor desesperado del que afortunadamente me solía sacar la vida cotidiana.

Las pequeñas ocupaciones de cada día eran mi alivio y mi refugio, y en ellas se acababa por deshacer la ansiedad que me había estado devorando. Me sentía en aridez, reseca, como vaciada por dentro, agradeciendo las consolaciones de una charla, un galanteo, un baile, abandonada a un estado durante el cual me dejaba llevar por los menudos incidentes

de lo que ocurría a mi alrededor. Iba a misa, cuando no buscaba pretextos para no ir, porque me era más cómodo seguir yendo que romper con aquella costumbre y dar razones de mi cambio. Creo que mi padre algo advertía de esas tempestades interiores, pero callaba, nunca me dijo nada, tal vez porque tampoco le eran ajenas.

Cuando murió fui incapaz de rezar, guardé en un cajón la *Filotea*, el Kempis y las *Reflexiones morales* de Quesnel, y desde entonces en misa dedicaba el tiempo a no pensar en nada, a entregarme al sosiego y a la oscuridad de la iglesia como quien entra en un baño tibio, y cerrando los ojos tenía deliciosos momentos de paz. No podía pensar en Dios ni sufrir por su causa, sencillamente lo aceptaba como un hecho incomprensible que parecía cruel, pero del que derivaban reglas de conducta que era preferible observar. En el último año habían pasado tantas cosas que estaba como aturdida y muy lejos de mis épocas de fervor.

Dejé vagar el pensamiento, descansé la vista en la crucifixión pintada en el altar mayor y me abandoné a una dulce quietud que debía de estar cerca de la somnolencia. Casi no me di cuenta de que la misa concluía. Entonces quise ver el templo, y Domenico, dándoselas de cicerone, me arrastró hacia una capilla del lado derecho en cuyo altar principal había un óvalo con una bella anunciación; en el arco superior se arracimaban figuras de ángeles, con ese gusto tan romano por acumular adornos y personajes en las posturas más inverosímiles y dislocadas.

No era aquello lo que quería mostrarme Domenico, y ahora me señalaba la parte izquierda de la capilla, donde en la pared, al lado de una puerta, se abría una ficticia ventana con un marco de suntuosísimo mármol; y asomado a ese simulacro de ventana estaba el busto también en mármol de un hombre con bigote y perilla. Era viejo, casi calvo, de

nariz chata, con profundas arrugas en la frente y ojeras muy hondas; nada en él respiraba nobleza ni autoridad, aquel rostro no pertenecía a un príncipe ni a un cardenal, era la cara de un plebeyo feo y vulgar, y no me expliqué qué hacía aquel busto sobre su tumba en la iglesia. Quizá fuese algún donante, un rico burgués de la ciudad que había querido inmortalizar su nombre y su efigie costeando la decoración de la capilla.

Domenico seguía señalando el busto, no se conformaba con que lo diese por visto con una rápida mirada. Sin duda había oído hablar de él como de una obra maestra y no quería que me la perdiese. Me acerqué más aún hasta distinguir con todo detalle los botones del jubón, los pliegues del cuello de la camisa, la piel, admirablemente imitada, de su pelliza. El escultor se había complacido en reproducir en el mármol la blandura y la suavidad, la piedra parecía esponjarse y ceder al tacto del dedo del curioso, que podía no dar crédito a sus ojos ante la morbidez que simulaban la carne y las ropas.

La mano derecha apretaba nerviosamente un rosario, la izquierda se crispaba sobre el pecho, como haciendo un esfuerzo supremo por contener los latidos de un corazón desbocado, próximo a estallar. Y la cara se volvía hacia el altar con éxtasis, en un arrobo indecible que transfiguraba aquel rostro anodino, pero enajenado. Algo empujaba su cuerpo hacia adelante, haciéndole sobresalir del marco de la pared, del que asomaba como sin darse cuenta de que sólo era un bulto de mármol, que no tenía derecho a salirse de su sitio e irrumpir en un espacio que ya no era suyo, invadiendo lo que pertenecía a los seres vivientes.

No sé cuánto tiempo estuve contemplando aquella asombrosa estatua que tenía un movimiento tan teatral, que parecía puesta allí para completar el ámbito de una función;

aquel hueco de la pared con el hombre asomado, pendiente de los misterios que se desarrollaban en el altar, era como el palco de un teatro, palco con un espectador a lo divino que, conmovido hasta las entrañas por lo que estaba viendo –y que acaso nadie más acertaba a ver–, sentía escapársele el corazón, y se lo sujetaba con una mano fuerte. Espectador privilegiado que participaba de un modo mucho más intenso que los demás del drama que el resto del público, por ejemplo yo, presenciaba de una manera indiferente o distraída.

No estaba viendo un pedazo de mármol trabajado por una mano de artista, muy hábil, eso sí, sino un hombre de verdad, una complexión humana que palpitaba emocionalmente, alguien que sufría y en cuyo interior se estaba librando una invisible batalla de la que sólo podíamos ver unos pocos indicios exteriores. Un hombre de verdad que estaba ante mí ajeno a mi presencia, abstraído en su contemplación, trastornado y convulso, pero vivo y real, sudando de congoja o de dicha, mudo en su embeleso, pero capaz de abrir los labios y de hablarme. En la penumbra de la capilla tenía un perfil tembloroso, las sombras vacilaban, alterando los rasgos de la cara, engarfiando aún más los dedos.

El hombre asomado a la misteriosa ventana de pronto me asustó como una visión, sabía con certeza que lo que estaba viendo no era verdad, pero no podía dejar de verlo, me estremecí y di rápidamente media vuelta, cerrando los ojos, aunque sin conseguir borrar su imagen, que ahora se recortaba sobre una oscuridad que salía de mí misma, que era producto de las tinieblas que yo llevaba dentro. Salí muy apresurada, sin acordarme de las parrillas de san Lorenzo, y en la plazoleta la frialdad del aire me serenó. Roma estaba llena de extrañas invenciones que encandilaban los sentidos de un modo turbador.



Por la tarde alquilé un coche para recorrer la ciudad. Domenico estaba contento como unas pascuas y brincaba a nuestro alrededor como un perrito juguetón y zalamero; también como un perrito interesado, porque cuando oía el tintineo de mi bolsa su sonrisa se hacía más deslumbrante que nunca. Dio las órdenes al cochero como un guía experimentado, se peleó con él porque no seguía los itinerarios que indicaba, y cada vez que nos parábamos ante los monumentos que se suponía tenía que admirar el visitante soltaba una larga parrafada mientras el *vetturino* le miraba de reojo socarronamente.

Recorrimos el Corso de punta a punta, nos elogió mucho un café que había en los bajos de un palacio (era evidente que el café le parecía mucho más notable que el palacio), vimos la piazza Venezia, visitamos el Campo Vaccino, donde estuvo el Foro, luego el Coliseo, arcos de triunfo, columnas, edificios a medio desmoronar, muchas estatuas o lo que quedaba de ellas, mármol y travertino por todas partes. Guardo un recuerdo confusísimo y excitado de esta primera visión de la antigua Roma; demasiadas cosas, demasiado grandes y también demasiado estropeadas e incompletas, era difícil imaginar que todo aquello había tenido vida.

Seguimos el curso del río hasta el Borgo y entramos en la plaza de San Pedro; los tres visitamos el interior de la basílica, que me pareció también tan desmesurada que no sabía qué pensar ni qué decir de todo aquello; Domenico no dejaba de preguntar si me gustaba, yo le dije que mucho para ahorrarme explicaciones, pero lo cierto es que estaba desconcertada. ¿Cómo era posible que en una ciudad tan pequeña hubiese cosas tan grandes? Lo que contenía Roma era mucho mayor que la misma Roma. Pepita iba de un lado a otro como sonámbula, mirándolo todo y repitiendo en voz baja: ¡Virgen Santísima, Virgen Santísima! Al salir distinguí

medio oculto en la columnata de la plaza a un embozado cuyo perfil empezaba a serme familiar y que parecía estar siguiéndonos, aunque tal vez sólo fuese otra de las alucinaciones de Roma.

Volvía a llover y regresamos a la Scalinata. Yo estaba cansadísima, tenía jaqueca. Al día siguiente me despertó un cuchicheo entre Domenico y Pepita, que hablaban junto a mi puerta; él preguntaba cómo se llamaba algo en francés y Pepita no sabía responderle. Entraron en el cuarto una cesta rebosante de claveles rojos. Desde el umbral Domenico me sonreía repitiendo: *Garofani, garofani*. En aquel mes de diciembre debían de haberle costado mucho dinero, a no ser que se hubiera valido de alguna de sus estratagemas para no pagarlos. De todos modos los claveles me hicieron feliz y se los agradecí a Domenico como un don de desagravio que me hacía la ciudad lluviosa, fría, invernal, poblada de gélidos monumentos.

El lunes hice la primera de las visitas que tenía previstas, pero en vano. Il cavaliere Vannetti se encontraba de viaje, había ido por asuntos de familia a su Padua natal y no sabían con certeza cuándo iba a regresar. Un anciano medio jorobado y vestido de negro que debía de ser el administrador del cavaliere me recibió con mucha reserva, por no decir desconfianza, y al saber que veníamos de Francia la desconfianza se convirtió en susto; se apresuró a indicarme por dónde se salía a la calle, y yo hubiese dicho que andaba vigilando que no me llevase ningún objeto de valor en el manguito.

No había tenido suerte en mi primer intento. Tía Stéphanie me había hablado del cavaliere como de un antiguo amigo muy cortés, aunque obtuso y un poco pesado, que estaba convencida de que iba a prestarme toda la ayuda que necesitase durante mi estancia en Roma.

–Te lo resolverá todo –me dijo–, le das esta carta y ya verás como hace milagros. Te obligará a oír toda la historia de cuando estuvo en París, o al menos la parte que se puede contar a una dama, y eso le llevará un buen rato, porque no perdona ni un detalle, pero cárgate de paciencia.

Su carta no tuvo ocasión de obrar ni el más modesto de los milagros, porque no fue abierta, nunca llegó a entregarse ni a leerse. Si el cavaliere no se hubiera ido a Padua es muy posible que mi vida hubiera sido muy diferente, pero no estaba en Roma y las cosas tuvieron que ser como fueron. Todo dependió de aquella casualidad, que entonces me dejó descorazonada; hoy en cambio me aterra pensar lo que hubiera sido de mí de haber conseguido lo que tanto deseaba en aquellos momentos. Es una imprudencia desear ardientemente una cosa, ¿y si el Cielo nos escucha y perdemos nuestra felicidad a cambio del deseo en el que nos obstinamos y que no va a conducir a ninguna parte?

El Cielo fue misericordioso y aquello salió mal. Tuve que volver de vacío a la hostería muy contrariada, y cuando me encerré en mi cuarto me eché a llorar. Los claveles que veía a mi alrededor me parecieron entonces como una burla, aquella ciudad estúpida y odiosa se estaba burlando de mí, me había atraído a una trampa con un espejismo, y cuando me veía desesperada y dispuesta a irme, me halagaba con unas flores, un poco de sol, unas palabras adulatoras, para luego volver a empezar y hacerme sentir cruelmente mi abandono en aquella Roma absurda, triste, sucia, negrísima.

Pepita estaba muy enfadada, chillando y colmando de improperios a Domenico, y tuve que salir a poner paz. Entonces me enteré del motivo de la trifulca y de la cólera de Pepita: una mujer tenía la pretensión de que se le pagaran los claveles, que alguien había dejado a deber. Es decir, me habían hecho un espléndido regalo con mi propio dinero.

Como es natural, Domenico se había esfumado, no aparecía por parte alguna. Di orden de que se pagasen los claveles y volví a encerrarme en mi cuarto, ahora ya no con ganas de llorar, sino con una furia ciega de hacer daño a alguien.

Se acabó el sinvergüenza de Domenico, se acabó Roma; no habría más paseos en coche, más propinas ni más visitas inútiles, no habría más halagos de Pietro el de la Scalinata ni más limosnas a los asquerosos mendigos, no habría nada más, mi paciencia se había agotado. Me iría de Roma en seguida, volvería con tía Stéphanie donde estuviese, en Coblenza, en Maguncia, no lo sabía de cierto, pasara lo que pasase en Francia, que no sería peor que lo de Roma. Estaba harta, exasperada, dispuesta a ir a cualquier otro lugar del mundo. No iba a quedarme en Roma ni un día más.

Media hora después de tomar tan firme resolución decidía quedarme. Acababa de descubrir algo indignante que consideré como un reto que no podía dejar de aceptar: alguien había andado hurgando en mis baúles, todo estaba revuelto, unas manos extrañas habían buscado entre mis pertenencias algo que no sabía lo que podía ser. En la hostería quedaron desolados al enterarse, aseguraron que nunca había sucedido una cosa semejante, pero hicieron tantos aspavientos que no les creí. ¿Cómo iba a creer a alguien? Ladrones, aquello era una cueva de ladrones, y pensé en Domenico, pero aquel bribón, que sin duda temía las consecuencias de lo de los claveles, no había comparecido por allí desde el día anterior, y aquello había ocurrido hacía muy pocas horas, durante mi ausencia, porque por la mañana todo estaba en orden.

Entonces decidí quedarme unas semanas más, el tiempo necesario para demostrarme a mí misma que no huía, que me iba libremente cuando yo decidía hacerlo, no cuando me obligaban entre todos con sus pillerías, sus engaños y su

desconfianza. Darme por vencida era una cobardía, iba a demostrarles quién era yo, iba a conquistar Roma costara lo que costase. El ladrón no se había llevado nada, quizá porque yo había escondido previsoramente el dinero y las joyas; y luego, ¿qué? ¿Iba a echar a correr por el mal tiempo, por Domenico, por el vejete receloso que casi me había echado de casa Vannetti, por el hombre embozado que me seguía a todas partes? (El embozado podía ser el ladrón, eso explicaba muchas cosas).

Recordaba ahora mi rápido paso por Milán, por Florencia, Siena, Bolsena, también con lluvia y frío. ¿Adónde iría en pleno diciembre, dónde iba a pasar la Navidad? ¿En cualquier posada del camino? No pensaba huir de nadie, me quedaría y probaría suerte con mi segunda carta, que iba dirigida al marqués de San Giuliano, alguien que debía de ser más importante que el cavalliere, aunque tía Stéphanie no me había dado muchas esperanzas:

–A estas horas debe de estar hecho un vejestorio, aún es más viejo que yo, y no estoy muy segura de que se acuerde de mí, ha pasado mucho tiempo.

Temiendo que volviera a dominarme el desánimo, aquella misma tarde, sin previo aviso, me dirigí al palacio del marqués. La tarde era monótona y cerrada, toda gris, por la imaginación me andaban unos manchones de color, claveles colorados, frescos, voluptuosos. Era un caserón antiguo que por fuera parecía descuidado, casi sin adornos en la fachada, aunque apenas entrar en el zaguán vi que por dentro era mucho más rico. Me hice anunciar, dejé a Pepita con los porteros y se me condujo a un pequeño gabinete que daba al jardín. Desde las ventanas se veían naranjos movidos por la fuerza del viento, goteando en la tierra empapada, y un castaño enorme, desnudo, que levantaba al cielo sus ramas ateridas.

Allí parecieron olvidarse de mí, ya que transcurrió cerca de una hora. Tuve tiempo sobrado de estudiar la sala, tapizada de damasco amarillo limón, con franjas verde pálido y flores rosas; adornaban las paredes unos grabados franceses de la época de la Pompadour, con escenas de caballeros y pastoras frente a un lago con cisnes. Hacía más frío que en la calle. Cuando ya empezaba a desesperar y me disponía a irme, pensando que tal vez la tenacidad que ponía Roma en rechazarme era más fuerte que yo, se abrió de improviso una puertecilla disimulada en la pared y apareció el marqués.

Era un mono viejo con peluca y casaca, no puedo describirlo de otra manera; de corta estatura, reseco, feísimo, hirsuto, con un andar bamboleante y simiesco. Cambiamos unas frases acerca de la carta de mi tía que tenía en las manos y calló, recostándose en un sillón y entornando los ojos como si se dispusiera a dormir. Yo llené apuradamente el silencio con trivialidades sobre mi viaje, las primeras impresiones de Roma, los sucesos de Francia, la hostería en que me alojaba. Él me dejaba hablar sin despegar los labios ni hacer un gesto, como semidormido, aunque yo veía que me miraba por las rendijas de sus párpados caídos.

La situación era embarazosa. Una vez agotados estos temas, el silencio volvió a hacerse angustioso, hice un esfuerzo y le repetí de viva voz lo que sabía que mi tía le había puesto en la carta. Le informé acerca de mi familia, de nuestro parentesco con tal o cual personaje de la Corte que él debía de conocer o al menos haber oído hablar; le resumí en pocas palabras mi situación de huérfana, que había enviudado hacía pocos meses a las tres semanas de la boda, no por los funestos sucesos de Francia, sino por una desafortunada caída de caballo que provocó la muerte de mi marido. El único pariente que me quedaba era una hermana de mi abuela, tía Stéphanie, a quien él había conocido en Francia años atrás.

La Revolución nos había obligado a expatriarnos, y yo había decidido ir a Roma por la curiosidad de ver sus bellezas y antigüedades, de las que mi padre me había hablado a menudo cuando era niña. Traía unas letras de cambio que sin duda podrían negociarse, y por el momento no era dinero lo que necesitaba, más bien poder contar con el apoyo de unos amigos en una gran ciudad donde no conocía a nadie. Este era el motivo de que mi tía le hubiese escrito aquella carta, la razón por la que me había atrevido a molestarle. Pero no quería importunarle más...

No llevaba trazas de contestarme, parecía haberse dormido en medio de mis discursos, y yo seguía hablando a la desesperada, añadiendo detalles y divagaciones para prolongar una situación que me resultaba incomodísima e insostenible, pero a la que no veía ninguna salida airosa. Si se había quedado dormido, ¿qué tenía que hacer yo? ¿Despertarle tirándole de una manga? ¿Dar voces para que acudiesen los criados? ¿Salir de puntillas? Todas las soluciones me parecían impropias e imposibles, y pensé que había hecho mal en acudir a casa del marqués, olvidando los prudentes consejos de tía Stéphanie, quien ya me había anunciado que por su avanzada edad lo más probable era que de bien poco pudiera servirme su ayuda.

Había agotado todos mis recursos oratorios y el dueño de la casa seguía retrepado en el sillón, inmóvil y como sumido en un sueño beatífico. Transcurrieron varios minutos interminables durante los cuales yo ya no hablaba, y por fin me levanté, aún sin saber qué es lo que iba a hacer a continuación.

—Siéntese, Madame, se lo suplico, y le ruego que disculpe el que hasta ahora me haya mostrado poco locuaz.

Carraspeó enderezándose en el sillón. Hablaba con voz muy clara y firme, en un francés impecable para un extran-

jero, y sus ojos me miraban de un modo risueño y malicioso. Su sonrisa quería decir que había oído y entendido perfectamente todo lo que yo le había dicho, y que había representado aquella comedia para obligarme a hablar más de lo previsto, a descubrir mis intenciones, mientras él fingiéndose ausente podía observarme a su gusto. Ahora su rostro simiesco era como el de un niño que sabe que puede permitirse hacer travesuras que a él le parecen divertidas, sin que nadie tenga derecho a enojarse.

–Estaba tan embelesado oyéndola hablar que olvidé el más elemental de los deberes de la cortesía, dar señales de vida. Le suplico otra vez que me disculpe, la vejez nos obliga a usar de privilegios que no siempre están acordes con la buena crianza.

Hablaba con un cierto retintín irónico, como queriendo subrayar que ni él tomaba en serio sus propias palabras ni esperaba que yo creyese en sus excusas.

–Debo decirle que me ha emocionado la carta de Madame de Rongère-Sassenage; digamos Stéphanie, si me permite llamar a su señora tía de este modo, así es como la llamaba cuando la conocí. Lo que usted quizás haya tomado por una somnolencia imperdonablemente descortés, indiferente a sus palabras, era, ¿cómo diría yo?, como una lucha silenciosa dentro de mi memoria para rescatar jirones de aquel tiempo que fue. De eso hace mucho, hace cuarenta años, cuando éramos jóvenes y París era muy hermoso.

Hizo una pausa para tomar un pellizco de rapé, estornudó tres veces, se sonó con el pañuelo y guardó la tabaquera. Volvía a parecer ensimismado, con la mirada perdida en los cristales de la ventana.

–Ahora –siguió diciendo– está bien claro que ya no somos jóvenes, e imagino que París habrá dejado de ser hermoso. Casi todas las cosas están dejando de ser hermosas.



Hago una excepción con usted, Madame, cuya belleza me reconcilia con el mundo, y que además acaba de traerme la prueba de que alguien que fue muy querido para mí aún se acuerda de este pobre viejo. Pero le ruego que sea sincera conmigo, ¿verdad que no soy el primero a quien ha visitado en Roma con una carta de su tía?

Después de un titubeo le confesé que aquella misma mañana había llevado al caballero Vannetti una carta semejante a la suya.

—¿Por qué se habrá acordado Stéphanie de ese carcamal de Girolamo? —gruñó—. Bueno, afortunadamente ha tenido la buena idea de irse a Padua y no va a molestarnos. De momento, Madame, haciendo honor a la antigua amistad que me une con su señora tía, le ruego que me haga usted el honor de ser mi huésped. Hay un ala entera del palacio en donde no vive nadie, y aquí se encontrará más a gusto que en una hostería. Naturalmente, será usted libre de entrar y salir cuando le plazca, no se trata de imponerle nuestras costumbres, que viniendo de París va a encontrar un poco rancias y provincianas.

Esboqué una educada protesta, pero me interrumpió.

—Son rancias y provincianas, se lo aseguro. En cuanto a lo de instalarse en mi casa está decidido, no acepto una negativa. Soy muy viejo y uno de los pocos placeres que me quedan es mandar sin que me lleven la contraria. Sus habitaciones estarán preparadas dentro de tres o cuatro días, pero mientras, pasado mañana, porque ha llegado usted muy oportunamente, la esperamos en nuestra *conversazione*. Roma ya no es Roma, hace siglos que ha dejado de serlo, pero a falta de cosas de más sustancia conservamos nuestros ritos; es una manera brillante, aunque un poco fúnebre, de obstinarnos en no morir del todo. Así conocerá nuestras recepciones.

El marqués se levantó con una agilidad impropia de sus años y empezó a despedirme con ceremoniosas reverencias, dando por terminada la visita. Insinué el obstáculo de mi luto reciente, pero no se dignó ni a responder, limitándose a hacer un ademán como el que espanta una mosca. Su curiosidad por observarme y oírme hablar, y su interés por hacerme participe de sus opiniones se había agotado, evidentemente ahora quería librarse de mí y quedarse otra vez solo, quizá rememorando sus recuerdos de París.

De regreso a la Scalinata Pepita me acosó a preguntas, y yo le dije que el marchese era un anciano muy feo y muy original, pero que dentro de su extravagancia había estado atento conmigo.

–No estoy segura de si tengo que darme por ofendida.

–Señorita, déjeme decirle que esta casa me ha gustado; en la del cavalliere ni quisiera volver a poner los pies. Aquí no huele a col hervida, en la casa donde estuvimos esta mañana apestaba a berzas y a ratones.

Pensé que no era un argumento desdeñable.